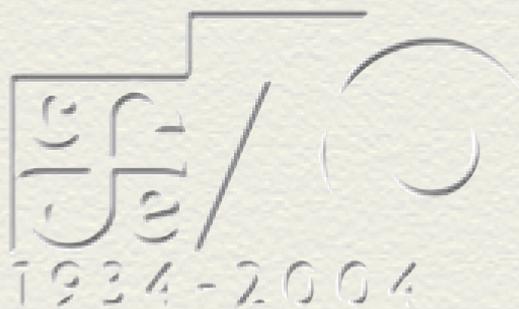


LA HISTORIA COMO HAZAÑA DE LA LIBERTAD

BENEDETTO CROCE

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA • 70 AÑOS



COLECCIÓN CONMEMORATIVA

70 ANIVERSARIO

30

Benedetto Croce

La historia como hazaña de la libertad

BENEDETTO CROCE

LA HISTORIA COMO HAZAÑA DE LA LIBERTAD

Traducción
ENRIQUE DÍEZ-CANEDO

Prefacio
FRANCESCO TOMATIS



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Edición conmemorativa 70 Aniversario, 2005
Primera edición, Bari, 1938
Primera edición del FCE, 1942

[Primera edición en libro electrónico, 2010]

Croce, Benedetto

La historia como hazaña de la libertad / Benedetto Croce ; trad. de Enrique Díez-Canedo ; pref. de Francesco Tomatis. — México : FCE, 2005

278 p. ; 21 × 14 cm — (Colec. Conmemorativa 70 Aniversario ; 30)

Título original *La storia come pensiero e come azione*
ISBN 968-16-7675-0

1. Historia — Filosofía 2. Historiografía I. Díez-Canedo, Enrique, tr. II. Tomatis, Francesco, pref. III. Ser VI. t

LC D13 C68518

Dewey 907 C937h

Título original:

La storia come pensiero e come azione

Editor: Martí Soler

Diseño de forro e interiores: Mauricio Gómez Morin / Francisco Ibarra

D. R. © 2005, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel.: 55-5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-968-16-7675-9 (rústico)

ISBN 978-607-16-0495-8 (electrónico-epub)

ISBN 978-607-16-0495-8 (electrónico-mobi)

ISBN 978-607-16-3544-0 (electrónico-pdf)

Hecho en México - *Made in Mexico*

ÍNDICE

Prefacio, 7

Prólogo, 13

Parte primera, 15

I. Lo que convierte en historia a un libro de historia, 15; II. La verdad en los libros de historia, 19; III. La unidad de una obra histórica, 22; IV. El significado histórico de la necesidad, 26; V. El conocimiento histórico como conocimiento total, 30; VI. Las categorías de la historia y las formas del espíritu, 34; VII. La distinción entre acción y pensamiento, 36; VIII. La historiografía como liberación de la historia, 39; IX. La historia como premisa de la lucha del valor con el disvalor, 41; X. La historia como acción, 44; XI. La actividad moral, 49; XII. La historia como historia de la libertad, 52

Parte segunda. El historicismo y su historia, 57

I. Su carácter propio y el comienzo de su edad propia, 57; II. Historicismo completo e incompleto, 68; III. La anecdótica, 107; IV. Imaginación, anecdótica e historiografía, 115; V. Filología, historia y filosofía, 121; VI. La "filosofía de la historia", 127; VII. La filosofía como idea anticuada, 133; VIII. Identidad del juicio de los hechos con el conocimiento de su génesis, 136; IX. Objeciones, 139

Parte tercera. Historiografía y política, 145

I. Lo llamado irracional en la historia, 145; II. Historiografía política, 152; III. Historiadores y políticos, 156; IV. Historiografía de partido e historiografía superior a los partidos, 160; V. El carácter preparatorio e indeterminante de la historiografía con respecto a la acción, 167; VI. La necesidad del conocimiento histórico para la acción, 175

Parte cuarta. Historiografía y moral, 183

I. El juicio moral en la historia, 183; II. Historiografía psicológica, 189;

III. Historiografía religiosa, 193; IV. La historiografía ético-política y los hechos económicos, 196; V. Los partidos políticos y su carácter histórico, 199; VI. Fuerza y violencia, razón e impulso, 206; VII. Vida moral y ordenaciones económicas, 211; VIII. Perpetuidad ideal y formaciones históricas, 215; IX. Religiosidad y religión, 219; X. Historia y utopía, 224

Parte quinta. Perspectivas historiográficas, 231

I. La historia que no se repite y que no se conserva intacta, 231; II. Sombras de agnosticismo, misticismo y escepticismo y luces de verdad histórica, 237; III. Humanidad en fragmentos y humanidad íntegra, 241; IV. Historiografía por hacer e historiografía que no ha de hacerse, 244; V. Historiografía y naturalismo, 249; VI. La naturaleza como historia, no como historia escrita por nosotros, 252; VII. Prehistoria e historia, 258; VIII. Épocas cronológicas e históricas, 260; IX. Especies naturales y formaciones históricas, 265; X. Poesía e historiografía, 269; XI. Historicismo y humanismo, 273

PREFACIO*

EN ENERO DE 1938, EN PLENO RÉGIMEN FASCISTA, EL FILÓSOFO y político liberal italiano Benedetto Croce (1866-1952) reunió algunos de sus ensayos en un volumen que tituló *La storia come pensiero e come azione* (Laterza, Bari, 1938, 1939², 1943³, 1952⁵, 1965⁷, 1966⁸, 1973¹⁰). Traducido al español por Enrique Díez-Canedo, el libro fue publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1942 y reeditado en 1960.

Dicha edición mexicana es la que ahora publicamos nuevamente y para la que hemos decidido mantener el título original, *La historia como hazaña de la libertad*. Este título en español se inspira sobre todo en el primer ensayo que compone la obra, es decir, en un texto de la primera parte que Croce dispuso a modo de introducción y que sirve como una síntesis afortunada de su pensamiento sobre la relación entre historiografía y acción práctica; puesto que para Croce la piedra angular de dicha relación es la libertad, resulta oportuno que el título en español use el término para encauzar el sentido de la historiografía filosófica crociana.

El libro de Benedetto Croce puede ubicarse en el seno de una tendencia filosófica italiana (más que corriente o tradición) que durante el siglo xx fraguó en originales e independientes reflexio-

* Traducción de Juan Carlos Rodríguez Aguilar.

nes en torno a una filosofía de la libertad por parte de algunos pensadores. Piénsese en el libro de Piero Martinetti (1871-1943), *La libertà* (Libreria Editrice Lombarda, Milán, 1928; Boringhieri, Turín, 1965²; Aragno, Racconigi, 2004³), que ofrece un penetrante planteamiento del asunto en términos originalmente neokantianos pero que, a la vez, entabla un diálogo con muchos filósofos y teólogos del pasado. No obstante, quizás el ejemplo más notable sea aquella hondísima filosofía de la libertad elaborada, con una perspectiva esencial y hermenéutica, por Luigi Pareyson (1918-1991), y que se encuentra fundamentalmente en los volúmenes *Esistenza e persona* (Taylor, Turín, 1950, 1960², 1966³, 1970⁴; Il Melangolo, Génova, 1985⁵, 1992⁶, 2002⁷), *Ontologia della libertà* (Einaudi, Turín, 1995) y *Essere libertà ambiguità* (Mursia, Milán, 1998). Un importante episodio mexicano de esta filosofía fue la ponencia que Pareyson leyó en el XIII Congreso Internacional de Filosofía llevado a cabo en la ciudad de México del 7 al 14 de septiembre de 1963 y que se tituló “Situación y libertad” (publicada en *Memorias del XIII Congreso Internacional de Filosofía. El problema del hombre*, vol. III, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1963, pp. 295-298).

Ahora bien, Croce ya se había ocupado anteriormente de la historiografía: fue célebre el volumen publicado en 1915 en Alemania con el título *Zur Theorie und Geschichte der Historiographie* (traducción alemana de Enrico Pizzo, Mohr, Tubinga, 1915), que apareció posteriormente en Italia con el título *Teoria e storia della storiografia* (Laterza, Bari, 1917², 1927³, 1941⁴, 1943⁵, 1976¹¹; Adelphi, Milán, 1989¹², 2001¹³). Aunque en la “Advertencia” a la cuarta edición de esa obra el autor se refiera a *La storia come pensiero e come azione* (1938) como un “complemento”, junto con *Il carattere della filosofia moderna* (Laterza, Bari, 1941, 1945², 1963³; Bibliopolis, Nápoles, 1991⁴), de *Teoria e storia della storiografia* (1915) y con ello parezca reducir su importancia y autonomía, nuestro volumen se relaciona más bien, por algunos de sus temas fundamentales y por su frecuente profundidad del tratamiento, con la *Logica come scienza del concetto puro* (Laterza, Bari, 1909, 1917², 1920³, 1928⁴, 1942⁵,

1947⁶, 1958⁷, 1964⁸, 1967⁹, 2 vols.; Bibliopolis, Nápoles, 1996¹⁰). Hemos de mencionar, además, otro volumen: *Filosofía e storiografia. Saggi* (Laterza, Bari, 1949, 1962²), en el que Croce reunió posteriores contribuciones sobre el mismo tema.

La obra *La storia come pensiero e come azione* (1938), cuya edición en español omite sólo poquísimos capítulos históricos, constituye la máxima expresión del pensamiento maduro de Croce, que se ha denominado “historicismo absoluto”. Él mismo así lo calificaría en un ensayo inmediatamente posterior, “Il concetto della filosofia come storicismo assoluto”, publicado en 1939 en la célebre revista *La Critica* que él dirigía (XXXVII, IV, pp. 253-268) e incluido luego como primer capítulo del citado volumen *Il carattere della filosofia moderna* (1941). La filosofía entendida como un historicismo absoluto supone que la realidad es historia y que la vida es libertad a partir de una circularidad de identidades entre historia y filosofía, hechos y reflexión, pensamiento y acción.

Ante todo, para Croce no existe historia que no sea historia pensada; no hay hechos históricos fuera del pensamiento puesto que, en general, ninguna cosa existe fuera del pensamiento. La historia, por consiguiente, siempre es historia contemporánea: se piensa en el pensamiento vivo y actual de quien, al hacerlo, se involucra en ella (al menos a partir de sus propias pasiones, sus exigencias presentes y sus expectativas futuras). La contemporaneidad de la historia implica, por un lado, su espiritualidad extrema y, por el otro, el carácter de imprescindible que tiene toda situación histórica particular en la que el pensador se encuentra. Así pues, el pensamiento también es, por su parte, necesariamente histórico, y la filosofía del espíritu es historiografía. El pensamiento se halla inevitablemente inmerso en la historia e incluso dirigido hacia ella en tanto que es el único objeto del propio conocer. Al pensar, el pensamiento formula juicios que, por individuales, no son otra cosa que juicios históricos vinculados a la acción, a la vida y a la libertad moral humana.

Por otra parte, no sólo es imposible que exista la historia sin una reflexión acerca de ella (sin pensamiento histórico, sin historiogra-

fia) o sin una acción práctica (sin deliberación moral, sin ejercicio de la libertad), sino que incluso existe una circularidad dialéctica, según Croce, mediante la cual, a partir de una necesidad práctica, a partir de la pasión por el presente, nace el pensamiento histórico que, a su vez, se revertirá de nuevo hacia la acción una vez que haya juzgado históricamente la verdad de la práctica de la cual surgió la misma necesidad de conocimiento. El ejercicio siempre histórico, pensado y a la vez practicado, de la libertad consiste precisamente en esta circularidad abierta.

Según Croce, las necesidades de tipo causal o trascendente que la ciencia o la teología desean imponer son extrañas a la historia del hombre, que es una historia de libertad. La causalidad científica reduce las vicisitudes humanas a meras relaciones materiales y, en realidad, nunca llega a abarcarlas en su complejidad y libertad, por lo que frecuentemente conlleva a la represión del hombre en aras de presuntas necesidades científicas; esto queda ampliamente demostrado por los numerosos totalitarismos (políticos, económicos y culturales) del siglo xx. Ahora bien, revertir teológicamente la historia humana al seno de la historia divina (y trascender, así, el ejercicio de la misma libertad finita) equivale a anular la realidad humana mediante providencialismos, aun cuando claramente le confiera privilegios según una óptica redentora; de hecho, la vincula también a una forma de materialismo al pretender objetivar la idealidad trascendente y delimitar, mediante relaciones necesariamente causales, su espiritualidad que es religiosamente simbólica. El liberalismo genuino, en cambio, debe ser incluso religioso —según dice Croce— en el sentido crítico y espiritual de la búsqueda sin fin (no sólo interiormente) de la verdad, siempre ulterior, que ya no será tal si priva de la libertad.

En el historicismo de Croce, el abandono de las causalidades científicas, de las teleologías fundadas en la teología, así como de todas las filosofías exigidas por la historia establecida no implica *a priori* que la historiografía esté desprovista de validez propia. Croce encuentra, más bien, en su concepto de filosofía como historiografía, es decir, en el pensamiento histórico, la única forma de

conocimiento posible. En efecto, el juicio cognoscitivo siempre se halla vinculado a la acción práctica, a la vida y a sus necesidades, por lo que siempre es histórico e individual; y la historia siempre es historia contemporánea porque no hay pasado ni obrar práctico que no sea pensado en el presente de la reflexión filosófica; es, además, común —al menos potencialmente— a todas las personas, incluso en aquellos proceder que no son puramente filosóficos sino también en los morales, estéticos o económicos, cualesquiera que sean.

Por ello, aunque cambien los conceptos que los hombres de una época u otra puedan tener de las categorías, las categorías del pensamiento son, es sí mismas, eternas y permanecen siempre iguales. Las categorías (a la vez de la realidad y del espíritu) son para Croce valores supremos: lo verdadero, lo bueno, lo bello, lo útil o lo vital. Sin embargo, estos valores han de entenderse no sólo como predicados de sujetos en el juicio cognoscitivo, sino como potencias mismas del hacer, de la libre acción pensante de los hombres. Sin esta relación vital con la libertad (que es origen y fin de las categorías y es, en resumen, la misma realidad creadora), éstas se devalúan hasta convertirse en meras ideologías abstractas que sustituyen la fuerza creadora de la historia por la violencia capaz de destruir toda libertad.

Los hombres son producto del pasado, se hallan inmersos en el pasado histórico y no pueden prescindir de él para, así, abstraerse, pero la filosofía indaga e interpreta la historia activamente; el pensamiento convierte el pasado en conocimiento, en verdad, e inaugura así, con base en ella, posibilidades de nuevas acciones, de creación práctica de historia posterior, de vida real, de libertad. La libertad es precisamente esta actividad espiritual, continua creación de vida que incesantemente crece a partir de sí misma.

Así pues, no existe libertad sin historia. No existe un mundo de libertad exento de contrastes y amenazas. La historia es un drama, una mezcla de bien y de mal. El mal atenta continuamente contra la unidad de la vida (que es el fin de la libertad y la libertad en sí misma); por lo tanto, la moralidad, siempre histórica, de la libertad

humana radica sólo en la lucha contra el mal. Viviendo una vida peligrosa y combatiente, contrarrestando el mal en la historia, la libertad es el núcleo eterno e inamovible de la reciprocidad vertiginosa entre pensamiento y acción para promover y restablecer el bien, o sea, la unidad de la vida.

FRANCESCO TOMATIS

PRÓLOGO

EN ESTE LIBRO ME PROPONGO ESCRIBIR DE NUEVO SOBRE EL ASUNTO de la *Teoría e historia de la historiografía*, que traté en 1912-1913 y que tuvo continuación en mi *Historia de la historiografía italiana en el siglo XIX*, así como en otras varias obras menores. No intento ofrecer este libro en sustitución del anterior, sino sólo añadir nuevas consideraciones nacidas de mis ulteriores estudios y estimuladas por nuevas experiencias vitales. De conformidad con su origen, este libro está formado por una serie de ensayos que suponen e implican unidad en el pensamiento que a todos rige, y a los que he dado, también, unidad explícita, gracias al primer ensayo que sirve de introducción. Algunas ligeras repeticiones o alteraciones del orden de exposición que podrán advertirse aquí y allá son consecuencia de la forma literaria del ensayo.

En este volumen se acentúa particularmente la relación entre la historia escrita y la acción práctica; no como defensa contra el “historicismo” en nombre de un absolutismo moral abstracto por gente empeñada en sacar la moralidad fuera de los límites de la historia, y que cree exaltarla para que pueda ser agradablemente reverenciada desde lejos y desdeñada de cerca; no por este motivo, no, sino porque el pensamiento histórico nace, a través de un proceso dialéctico extremadamente complicado y delicado, de la pasión de la vida práctica, yendo más allá que ésta y liberándose de ella en un puro juicio de verdad. Por virtud de este juicio, la pasión se convierte en acción decisiva.

El problema es difícil. Todos los problemas del pensamiento histórico son, en verdad, difíciles, cuando, como ocurre en este libro, se lo mira como única fuente de conocimiento y, al escribir estas páginas, el autor, en el curso de sus meditaciones, ha tenido a veces la sensación de haber penetrado en las agotadoras profundidades *del reino de las madres*, de Goethe.

B. C.

Nápoles, enero de 1938

PARTE PRIMERA

I. LO QUE CONVIERTE EN HISTORIA A UN LIBRO DE HISTORIA

LA CRÍTICA DE LAS OBRAS HISTÓRICAS TROPIEZA CON LAS MISMAS dificultades que la crítica de poesía, o con dificultades análogas. Algunos críticos se ven, sencillamente, desorientados, tanto en la una como en la otra, sin saber cómo acometerlas, y no pueden coger el hilo que las enlaza a su propia mente; otros la emprenden con criterios extraños y arbitrarios, múltiples, eclécticos y contradictorios entre sí; y sólo unos cuantos juzgan honradamente con el criterio único que admite el carácter de ellas. En Italia, durante los años recientes, los últimos han crecido indudablemente, en número; pero cuando me vuelvo a los días de mi juventud, a las últimas décadas del siglo, tengo la sensación de que aún existían menos una crítica y una historia de la historiografía que una crítica y una historia de la poesía.

Producíanse obras, aquí y allá, por historiadores que eran, todos, superficiales y documentados, al tanto de fuentes, biografías, autenticidad, etc. La única obra, o poco menos, que en lo tocante a estos argumentos pudiera servir de ejemplo y sugerir mejor método, era la historia de la literatura italiana de De Sanctis, y se encontró mal juzgada, mal entendida y desacreditada.

No se ha de juzgar un libro de historia como literatura o elocuencia, en el sentido usual entre los antiguos literatos humanistas que, si no se ocupaban en otra cosa, se dedicaban a traducir a Horacio, o a redactar algún comentario histórico, a estudiar algún incidente histórico

que los dejaba del todo indiferentes, pero que juzgaban tema a propósito para una presentación bella y grata.

Cuando al abate de Vertot le fueron ofrecidos algunos documentos apropiados para corregir la historia vulgar de un asedio, replicó: “Mi asedio está terminado”, mi página literaria está ya escrita. Paul Louis Courier tenía la seguridad de que “todas estas tonterías a las que se llama historia, sólo pueden tener algún valor arregladas con buen gusto” y que lo mismo daba dejar que Pompeyo ganase la batalla de Farsalia “si con esto se pudiera redondear la frase”. Ahora bien: es, ciertamente, deseable que la obra histórica pueda tratarse de manera erudita, pero si el mérito literario se aparta a menudo del pensamiento histórico, éste, aun expresado en toscas o descuidadas formas literarias, conserva la virtud de su pensamiento.

Y no ha de ser juzgada una obra histórica por el mayor o menor número y veracidad de los hechos que contenga, aunque sólo fuera por la evidente razón de que son colecciones de hechos, muy copiosas y veraces, sin ser claramente historias, y otras, brillantes de entendimiento histórico, pero pobremente equipadas en cuanto a información, o aun sembradas de hechos inseguros, legendarios o fabulosos: basta pensar en la *Scienza nuova* de Vico.

Las antologías de información serán crónicas, notas, memorias, anales, pero no son historias; y aunque se las junte con sentido crítico, señalando el origen de cada parte o investigando cuidadosamente su evidencia, nunca lograrán en su propio terreno, por mucho que lo intenten, ir más allá de la cita continua de cosas dichas y cosas escritas. Se quedan, para convertirse en verdades que nos convenzan, en el punto mismo en que la historia exige una aseveración de verdad surgida del fondo de nuestra íntima experiencia. Es, ciertamente, deseable que los hechos aducidos en una obra de historia se hayan comprobado cuidadosamente, aunque sólo sea para privar a los pedantes de un arma que insidiosamente y no sin éxito emplean para desacreditar escritos históricos vigorosos y genuinos; pero también porque la exactitud, en todo caso, es un deber moral. Pero en teoría y de hecho ambas cosas son diferentes y pueden separarse, y se separan, y ni el opaco metal de las crónicas ni el bien pulimentado metal de los filólogos tendrán nun-

ca el mismo valor que el oro de los historiadores, aunque lo envuelvan escorias.

Finalmente, un libro histórico no debería juzgarse por lo mucho o poco que excita la imaginación, mostrándose interesante, estimulante, ejemplar y aun curioso o divertido, porque semejante impresión pueden dar dramas y novelas, y en un libro de historia no es necesaria; puede parecer, por comparación, obra fría, difícil y laboriosa, y aun, al pronto, para los más, aburrida (de la pura y grande poesía se ha dicho también esto). Hay custodios vigilantes del fuego sagrado de la religión y el patriotismo que inventan libros de historia “para familias”, para los alemanes, los franceses u otros pueblos, o “para familias católicas”, o para “evangélicos”, llenos de hazañas heroicas o actos piadosos de devoción y costumbres edificantes, y, bajando un poco, están los de aficionados y recopiladores de libros de anécdotas, que están en el nivel espiritual de los soñadores de aventuras y asuntos de amor; todos ellos han contribuido a formar una especie de producción literaria que se llama historia y a veces se toma equivocadamente por historia, cuando es, de hecho, cosa que en ocasiones conmueve y excita, pero no agradable para el que busca la verdad, y que se ha de distinguir cuidadosamente de los tratados en que domina la severidad del pensamiento y no una imaginación patriótica o un propósito didáctico. (Recordemos que Polibio se burlaba de los que componían tragedias, sacándolas de la historia.)

Una obra histórica debería, pues, juzgarse tan sólo por su mérito histórico, así como la poesía debería juzgarse únicamente por su valor poético. Lo que constituye la historia puede indicarse así: es el acto de comprender y entender, inducido por los requerimientos de la vida práctica. Estos requerimientos no pueden satisfacerse recurriendo a la acción, a no ser que primero todos los fantasmas, dudas y sombras que a uno le persigan se hayan disipado merced al planteamiento y solución de un problema, es decir, por un acto de pensamiento. En la seriedad de algún requerimiento de la vida práctica estriba la condición necesaria para tal esfuerzo. Puede haber un requerimiento moral, el requerimiento de entender la situación de uno para que en ella puedan fundarse la inspiración, la acción y el buen vivir. Puede haber

un requerimiento económico, el que le dé a cada cual el discernimiento de sus ventajas. Puede haber un requerimiento estético, como el de poner en claro la significación de una palabra, o una alusión, un estado de espíritu para entender y gozar plenamente un poema; o también un requerimiento intelectual, como el de resolver un problema científico, corrigiendo y amplificando la información acerca de sus términos, por falta de la cual permanecemos perplejos y dudosos.

El conocimiento de “la situación actual”, como se lo llama, se refiere al curso que la vida real ha seguido para llegar a este punto, y en cuanto así lo hace es conocimiento histórico. Las obras históricas de todos los tiempos y de todos los pueblos llegaron a nacer de este modo y siempre han de brotar así, de nuevos requerimientos que surgen y de las perplejidades que implican. No llegaremos a entender la historia de los hombres y de otros tiempos mientras no comprendamos los requerimientos que aquella historia satisfizo, ni nuestros sucesores llegarán a entender la historia de nuestro tiempo mientras no cumplan las mismas condiciones. Suele suceder que el sentido histórico de un libro carece de vida para nosotros y se convierte en mera forma literaria o en erudito libro de referencia o en pasatiempo curioso hasta que de repente se llena de vida merced a nueva experiencia producida por el curso de los acontecimientos y a requerimientos nuevos nacidos en nosotros que hallan comprobación en él, por su mayor o menor semejanza íntima con los de tiempos anteriores; más bien como ciertas imágenes de Cristo y de la Virgen de las que se dice que vierten de pronto roja sangre cuando las toca algún pecador o blasfemo. La ciencia y la cultura históricas, en toda su detenida elaboración, existen con el propósito de mantener y desarrollar la vida activa y civilizada de la sociedad inhumana. Si tal impulso es de poca fuerza, la cultura histórica permanece en su más bajo nivel como, por ejemplo, entre los pueblos orientales. Cuando hay un rompimiento súbito, un alto en el proceso de la vida civilizada, como ocurrió en Europa en el comienzo de la Edad Media, la historia escrita cesa casi del todo y va a caer en la barbarie, juntamente con la sociedad a que pertenece.

II. LA VERDAD EN LOS LIBROS DE HISTORIA

Los requerimientos prácticos que laten bajo cada juicio histórico dan a toda la historia carácter de “historia contemporánea”, por lejanos en el tiempo que puedan parecer los hechos por ella referidos; la historia, en realidad, está en relación con las necesidades actuales y la situación presente en que vibran aquellos hechos. Suponed que yo deba elegir entre realizar o eludir un acto de expiación y volver mis pensamientos hacia lo que es un acto de “expiación”, las formas y las transformaciones por que ha pasado tal institución o sentimiento, antes de llegar a un significado puramente moral. Aun el chivo expiatorio de los hebreos, y todos los ritos mágicos de los tiempos primitivos, tomarán parte, en tal ocasión, en mi drama espiritual, y mientras mi mente repasa su historia voy componiendo la historia en que yo mismo me hallo.

De modo semejante, el estado actual de mi mente constituye el material, y, por consiguiente, la documentación de un juicio histórico, la documentación viva que yo llevo dentro de mí. Lo que suele llamarse, en sentido histórico, documentación, ya sea en escritos, esculturas, retratos o aprisionada en discos de gramófono, ya exista en objetos materiales, esqueletos o fósiles, todo esto no llega a ser documentación efectiva, mientras no estimule y asegure en mí la memoria de estados de conciencia que son míos. Para los demás fines no son más que tintas coloreadas, papel, piedra, metal, discos de laca, etc., sin más eficacia específica. Si carezco de sentimientos (así permanezcan latentes), de amor cristiano, de fe en la salvación, de honor caballeresco, de radicalismo jacobino o de reverencia por las antiguas tradiciones, en vano escudriñaré las páginas de los Evangelios, de las epístolas de san Pablo o de las epopeyas carolingias, o los discursos pronunciados en la Convención Nacional, o las poesías, dramas y novelas en que el siglo XIX registró su nostalgia de la Edad Media. El hombre es un microcosmos, no en el sentido natural, sino en el sentido histórico: un compendio de la historia universal. Los documentos, reconocidos específicamente como tales por los investigadores, parecerán muy escasos en la masa total de documentos en que habremos de apoyarnos continuamente, como

el lenguaje que hablamos, las costumbres que nos son familiares, la intuición y el razonamiento que empleamos casi por instinto, las experiencias que, por decirlo así, llevamos en nuestra carne. Sin estos otros documentos, algunos de nuestros recuerdos históricos serían difíciles, o del todo imposibles, como se advierte en ciertos casos de enfermedad, de los que se sale con pérdida de memoria e identidad, como si fuese uno enteramente nuevo y extraño al mundo a que antes pertenecía. Ha de advertirse, de pasada, que la insinuación de esta verdad —que la historia no llega a nosotros de afuera sino que vive en nuestro interior— fue uno de los motivos que condujeron a los filósofos del tiempo romántico (Fichte y otros) a desviarse hacia su teoría de una historia contenida *a priori*, derivada de una lógica pura y abstracta e independiente de toda documentación; aunque más tarde se contradijeran (Hegel y algunos más) cuando, llamados a publicar una síntesis, buscaron colaboración entre el supuesto *a priori*, por una parte, y el supuesto *a posteriori* (es decir, los documentos), por otra.

Si los requerimientos prácticos y el estado de conciencia que los expresa son el material necesario (pero sólo el material descarnado de la historia escrita), no había de hallarse conocimiento histórico ni otro conocimiento alguno en la supuesta reproducción o copia de aquel estado de conciencia, por la sencilla razón de que esto sería repetición inútil y, por lo tanto, extraña a toda actividad del espíritu que entre sus actividades no cuenta la de producir lo fútil. Cuando los historiadores se empeñan en presentar la vida tal como se vivió en un sentido inmediato, la vanidad de sus propósitos (de los propósitos y no de los hechos, que son, desde luego, diferentes) se declara así. La historia escrita, por el contrario, debería ir más allá de la vida tal como se vivió, para presentarla en forma científica. A lo más, mediante un proceso confuso, los escritores que creen hacer de historiadores tienden a convertir su material palpitante en obra poética. Pero aunque este trabajo particular siga un proceso imaginativo o poético con mayor o menor rapidez (y cuando el proceso se prolonga y amplía viene a convertirse en poesía, en su sentido verdadero y propio), la historia como trabajo escrito no ha de ser imaginación sino pensamiento. Así, no sólo comunica a la imagen un rasgo universal, como lo hace la poesía, sino que liga

intelectualmente la imagen a lo universal, distinguiendo y unificando a la vez, dentro del juicio, los acontecimientos.

Ahora bien, aunque, en estricto análisis, un juicio se divida en los dos elementos de sujeto y predicado, intuición y categoría conceptual, concretamente ambos elementos son uno, y sólo en esta indivisible verdad estriba la verdad de la historia. Así pues, será un proceso crítico falaz, o, por lo menos, meramente imaginativo y lógicamente inexacto, el certificar que una obra histórica es satisfactoria en uno u otro de estos sentidos, aisladamente, o en una combinación subsiguiente de ambos, o que deja de serlo en uno u otro sentido, aisladamente, o por el mal ajuste entre ambos: dar juicio apoyándose en que la imagen es vivaz o pálida, el criterio preciso o vago; como si una imagen pudiera ser históricamente vivaz cuando está falsamente interpretada, o una interpretación fuerte y clarividente si la imagen aparece descolorida y muerta. Lo vago y confuso de la una presta vaguedad y confusión a la otra.

Algunas obras históricas lograron alabanza por la manera eficaz y sincera de contar los hechos, aun echándose de menos en ellas un criterio importante, cuidadosamente ponderado y mantenido con firmeza, como también es de lamentar la confusión de las categorías intelectuales con las imágenes o clasificaciones generales introducidas para calificar o explicar hechos, siendo éstos en realidad grupos de hechos que necesitan tales calificaciones o explicaciones. Pero si estos relatos de hechos fuesen tan sinceros como se supone, fácilmente corregirían y rectificarían aquellos criterios inadecuados y desharían aquellas categorías falsas. Cuando se dice de un libro que, a un mismo tiempo, presentó de excelente modo los hechos y se apoyó en conceptos falaces, se hallará, examinándolo, que en él existen dos historias diferentes y, relacionadas con ellas, dos filosofías diferentes, una gastada y convencional, otra fresca y espontánea; una mal expresada y mal juzgada, otra bien expresada y bien juzgada. Por otra parte, cuando el criterio es claro y firme, aunque abstracto y unilateral, sus forzadas explicaciones rivalizarán con no menos forzadas ilustraciones, como títeres o muñecos de resorte. La historia escrita según la llamada teoría del materialismo histórico nos da ejemplo de ello. Los hombres

que nos muestra son antihumanos en la misma medida que la teoría ofensiva contra la plenitud y dignidad del espíritu.

Pero en las obras de historia cuyos tipos de interpretación se ajustan a los hechos que han de ser interpretados late una vida pura. Las imágenes son claras y persuasivas, como lúcidos y convincentes los conceptos. Los hechos y la teoría se demuestran recíprocamente.

La crítica de la historia consiste en reconocer si una narración histórica es plena o vacía, es decir, si lleva o no en el corazón un motivo que la encadene con la seriedad de la vida tal como se vive, y en discurrir hasta qué punto el elemento intelectual se une en ella con el intuitivo; esto es, hasta qué punto ejerce el juicio histórico y hasta qué punto lo elude.

III. LA UNIDAD DE UNA OBRA HISTÓRICA

La unidad de una obra histórica estriba en el problema formulado por un juicio histórico y en la solución del problema por el acto que lo formula. Es, por lo tanto, unidad de especie totalmente lógica. El problema puede estar, y lo está a menudo, en conexión con otros muchos problemas particulares; pero como todos ellos se refieren al problema principal planteado y están unificados con él, la unidad lógica persiste.

A causa de la forma literaria que afecta la historia escrita, entra en él, por supuesto, un elemento nuevo y no lógico, en relación con el requerimiento práctico que es primer móvil del pensamiento histórico, y en virtud de este pensamiento es como se transfigura y fija en tendencia de un ideal de acción. En consecuencia, este elemento se reflejará en las palabras mismas o en lo que comúnmente se llama estilo. Pero como este elemento afectivo sigue al elemento lógico, debe, para conservar la unidad de tono (o sea, estrictamente hablando, la unidad literaria) subordinarse a él (como los problemas particulares se subordinan al problema general en la unidad lógica). Todos, por lo tanto, convienen en considerar como mal gusto literario el escribir la historia literaria en arengas, exhortaciones, sátiras u otras formas oratorias, en lugar de mantener la forma del crítico y expositor, que, haciéndose su-

perior a la pasión y a la retórica, sigue impregnado de ellas y, aun esquivándolas, guarda consigo su eco. Así las grandes obras históricas que son al mismo tiempo grandes obras literarias expresan la mente y el corazón de sus autores en términos armoniosos, y no discordantes; en fusión y no en confusión, unificando el pensamiento sólido que no puede distraerse de la persecución de la verdad con el calor de los sentimientos.

En contraste con las obras históricas que observan la unidad lógica, hay muchos libros, que corren también con nombre de historia, cuya unidad estriba no en un problema, sino en una cosa, o, más precisamente, en una imagen. Son las historias de las naciones, de un pueblo, de un país, de una ciudad, de un lago, de un mar o de una sola persona o un grupo de personas; no, por supuesto, cuando dichas imágenes son puros medios, empleadas como título del libro, y mañas del todo inocentes para designar el contenido, sino cuando son, en realidad, el tema del libro. Merced a estos asuntos, libros semejantes, si están escritos de modo coherente, no son libros de historia; pero pueden ser crónicas, agrupadas alrededor de una imagen, y aun, cuando el espíritu de la poesía ilumine el material, pueden ser poesía, volviendo atrás de este modo (que puede considerarse como *felix culpa*) de la historia a la épica, de la que se dice que originó la historia. Cuando, según ocurre en muchos casos, no son coherentes, serán una mezcolanza o alternativa de diversos temas de pensamiento histórico y fantasía, como lo es (para dar un ejemplo entre muchos, pero un ejemplo distinguido en su clase) la *Historia de Francia* de Michelet, con su fantástica idolización de Francia como persona física, intelectual y moral, con su propio genio particular y su misión en el mundo, cuyo presente y pasado han de interrogarse para revelación de su futuro. No puede negarse, ciertamente, que en este fantástico tema se entrelazan originales y agudos juicios históricos suscitados por los problemas morales y políticos que Michelet trató con profundo y noble celo, confirmado por todo el tenor de su vida.

El daño empieza cuando tales ensayos intentan volverse coherentes a despecho de su continua incoherencia, porque entonces ofenden a la lógica. En el caso anterior la lógica se quedaba atrás de tiempo en tiem-

po, en excursiones líricas, pero no se la arrastraba por los suelos ni se la compelia a danzar o cantar. Entonces es cuando ocurren estos estériles espasmos, con el intento de prestar unidad lógica a lo que nunca podrá gozar de ella; y en la estela de autores que no pueden ser única o estrictamente históricos pero que son de toda suerte poéticos aparecen los retóricos y los sofistas, escritores que inventan y teorizan acerca del concepto de Francia, de Alemania, de España, de Inglaterra y de Rusia, Suiza y Bélgica, que, siendo particulares y transitivos, son, por lo mismo, claramente, conceptos no definibles, sino material histórico que ha de ser discernido e interpretado según las eternas categorías conceptuales. Es inútil detenerse más en esto, porque aún recientemente en Italia nos hemos visto afligidos por una controversia sin sentido ni fin acerca de la “unidad de la historia de Italia” en este sentido material. Pero si esto es malo, no es lo peor, pues lo peor en estos asuntos aparece cuando se da sustancia a las cosas y cuando se les da una realidad y un valor que estrictamente corresponden a las actividades del espíritu, a sus obras políticas y morales, científicas y artísticas. De estas últimas y no de cosas que son abstracciones, y, por lo tanto, carecen de vida propia, hay una historia que investigar e inquirir. Si se las hace corpóreas, y con ello se da materia al espíritu y se le recortan las alas, vienen a tomar, necesariamente, forma ambigua y se convierten en receptáculos de todo lo morboso y lo monstruoso que, como serpiente enroscada, yace en los fangosos reductos del alma humana; instintos de lascivia y de posesión, violencia, ferocidad y crueldad, y las consiguientes debilidad vital, desesperación y deseo de disolución: cuanto el hombre reprime dentro de sí cuando se eleva a la actividad espiritual, se siente desencadenado, con posibilidades de extenderse y verse morbosamente admirado y alentado. Según examinemos un grupo de acontecimientos o un solo evento individual, estas cosas morbosas y monstruosas se convierten hoy en historias “nacionalistas” o “raciales” o alternativamente en “biografías” que, por no poder ocultar su naturaleza ni a sus mismos autores, se califican de “noveladas”, es decir, que ellos mismos reconocen como no históricas. Las historias nacionalistas no son las llamadas historias nacionales, que (cuando no sirven, como arriba se dijo, de meros títulos a serias y fidedignas historias) son me-

ras colecciones de notas acerca de un pueblo, crónicas de su vida, libros de edificación y exhortación, o, a veces, poesía. Las otras, sin embargo, son exaltaciones realmente oscuras y estúpidas de lo que nuestro Carlo Troya, hablando de los antiguos lombardos en Italia, solía llamar “el soplo lombárdico” (como pudiera decir “germánico”, “ario” o “semítico”): algo que cosquillea en ciertas narices y no tiene más mérito que éste, pero se presenta grandioso e incomparable, como objeto de apasionado delirio y culto místico a medio andar entre lo bestial y lo divino. Cuánta literatura de este género se produce particular y casi únicamente en la Alemania de hoy, todos lo saben.

La biografía seria, asimismo, va siempre a caer en uno de los cuatro tipos de obra que más arriba hemos diferenciado y definido: o son memorias de la existencia de un individuo, es decir, crónicas; o textos de reflexión, o sermones de alabanza o censura, en una palabra, retórica; o son poesía; o, por último, son historia, en que el individuo se halla retratado y juzgado por lo que es y por lo que no es, por su actividad, por lo que hace y por lo que le sobrepasa. Estas últimas biografías no difieren de ninguna otra historia ni aun en el estilo dominante de la forma literaria. Pero las biografías noveladas no intentan situarse entre ninguna de estas cuatro clases de obras; ni son como las buenas novelas históricas antiguas de tiempos pasados, en las cuales el juicio histórico solía traducirse en narraciones de sucesos imaginarios para reflejarlos y describirlos. En lugar de esto, su tarea consiste en retratar “la esencia” de una individualidad determinada; no la poesía y el pensamiento de Dante, sino el “dantismo”; no la acción religiosa y política de Lutero, sino la “luteranidad”; no a Napoleón en la historia del mundo, sino al mundo que él hizo miserable y corrompido, la “napoleonidad”, y así sucesivamente; todo lo cual se reduciría a nada si no recibiese consistencia del gusto malsano de las morbosas complicaciones psíquicas, convertidas en ídolos e idolatradas por sí mismas, apartadas de su relación con el proceso productivo merced al cual solamente son inteligibles, y fuera, por lo tanto, de su propio centro de verdad. Tan impura es la linfa en que se alimentan las más ingeniosas biografías de esta especie que les confiere cierta originalidad de carácter; biografías que, por lo demás, son, en su mayor parte, meras insulseces.

IV. EL SIGNIFICADO HISTÓRICO DE LA NECESIDAD

El juicio, al ejercitarse sobre un hecho, lo piensa tal como es, y no ya como sería si no fuese lo que es; lo piensa, según se expresaba con la vieja terminología lógica, según el principio de identidad y contradicción, y, por lo mismo, como lógicamente necesario. Éste y no otro es el significado de la necesidad histórica, contra la que se alimentan suspicacias y a veces se intentan rebeliones, atribuyéndole empeño en negar la libertad humana, allí donde no se niega más que la inconsecuencia lógica. Obsérvese, para confirmarlo, que la afirmación de tal necesidad se sostiene, y se reafirma constantemente, contra la introducción en la historia del “si”, palabra vedada; no ya del “si”, partícula gramatical, cuyo uso es perfectamente lícito; ni siquiera del “si” que se emplea para deducir del caso histórico una advertencia o admonición de más largo alcance, de carácter general y abstracto —como cuando se dice que *si* en julio de 1914 los hombres de Estado de Alemania y los demás pueblos hubiesen dominado sus nervios, no habría estallado la guerra; lo que sirve tal vez para dar conciencia de la gravedad de ciertos actos decisivos y excitar el sentimiento de la responsabilidad— sino, precisamente, del “si” histórico y lógico, o sea, antihistórico e ilógico. Este “si” divide arbitrariamente el único caudal histórico en hechos necesarios y hechos accidentales (y lo divide porque, al concebir todos los hechos como accidentales, la unidad histórica permanecerá intacta, y tanto valdría que fuesen “todos accidentales” como “todos necesarios”); y se hace argumento de calificar en sus relatos un hecho como necesario y otro como accidental, y aleja mentalmente a este segundo para determinar cómo se hubiera desarrollado el primero conforme a su naturaleza “si” el otro no lo hubiese estorbado. Jueguecillo que acostumbramos practicar en nuestro interior, en momentos de ocio o de pereza, divagando acerca del curso que habría tomado nuestra vida si no hubiésemos topado con aquella persona que nos salió al encuentro o cometido el error que cometimos; en lo cual nos tratamos a nosotros mismos, con harta desenvoltura, como elemento constante y necesario, sin pensar en que podríamos también cambiarnos mentalmente a nosotros, que somos lo que somos en este momento, con nuestras experien-

cias, nuestras lamentaciones y nuestras fantasías, precisamente por habernos encontrado con aquella persona y cometido aquel error; sino que, volviendo a la realidad del hecho, el jueguecillo se interrumpiría y desvanecería sin más. Contra la falaz creencia que de ello surge, se forjó el refrán de que “de buenas intenciones está empedrado el infierno”. Mas como el jueguecillo, en la historia, está enteramente fuera de lugar, cuando por allí asoma, nos cansa en seguida y lo dejamos. Hacía falta un filósofo, un filósofo bastante abstracto, para escribir todo un libro (Renouvier, *Uchronie*) con el fin de narrar “el desarrollo de la civilización europea no como ha sido, sino como hubiera podido ser”, en el convencimiento de que la victoria política de la religión cristiana en Occidente fue un hecho contingente que hubiera podido no ocurrir si se hubiese producido una pequeña variante, preñada de consecuencias, al final del reinado de Marco Aurelio y en las fortunas de Cómodo, Pertinax y Albino.

De la necesidad histórica, en el significado lógico que se ha determinado, y que es el pensamiento que siente la gravedad de su cometido y no quiere dejarse distraer de él para perseguir vaguedades, hay que tener muy alejados otros dos significados del mismo vocablo, que son, ambos, conceptos erróneos. Uno es que la historia es necesaria porque los hechos precedentes en la serie determinan los subsiguientes en una cadena de causas y efectos. Nunca se insistirá lo bastante en esta sencilla y fundamental verdad, tan difícil, sin embargo, de entender, para tantas inteligencias envueltas en las sombras del naturalismo o del positivismo: que el concepto de causa (y aun aquí, por más que pueda parecer superfluo, hemos de advertir que nos referimos al “concepto” y no al “vocablo”, que pertenece a la conversación ordinaria) es y debe seguir siendo extraño a la historia, porque, nacido en el terreno de las ciencias naturales, cumple su oficio en el ámbito de ellas. Y nadie consiguió jamás, prácticamente, relatar, por adecuación de causas y efectos, un pasaje cualquiera de historia, sino que pudo, tan sólo, añadir al relato construido con diverso método, o sea con el espontáneo y propio de la historia, la impropia terminología causal para hacer alarde de cientificismo. O también, y como consecuencia sentimental de aquel prejuicio determinista, se empeñó en relatarla del